

balance anual se realiza por ahí una gran economía.

Aun siendo un gasto suplementario, le diría yo al padre previsor: ¡Hágalo usted!

Sí, padre previsor, ahora que tus hijos son pequeños, no tardes demasiado; compra, si no lo has heredado de tus padres, el trozo de tierra y las cuatro paredes donde crecerán tus hijos, arraigándose, prendiendo los recuerdos como hiedras vivaces. Eso será para ellos la salud y el equilibrio moral, que es la mejor base para la cultura intelectual... ¿No comprendes, además, que el hogar de ciudad, de gran ciudad, el piso alquilado, no es un verdadero hogar? El verdadero hogar es ese del que nuestra memoria evoca las piedras, aun siendo éstas ásperas y mal unidas, y el atrio amplio o pequeño, tales como eran cuando nuestros ojos empezaron a seguir los contornos de las cosas, cuando nuestros oídos empezaron a distinguir las sonoridades y a despejarse nuestra mente.

¡Desgraciado el que no tenga esos recuerdos de su niñez!... Tu deber, padre de familia, es crearlos para tus hijos.

CARTA QUINTA

Los dos caballos de Montaigne.—Peligro de la precocidad.—La cultura de un espíritu infantil se resume en esto: desenvolver y disciplinar la atención.—Nuevo régimen intelectual de Pedrito.—Exclusión de libros y lenguas extranjeras.—Justificación de esta medida.—Los libros y las lenguas extranjeras son los más perniciosos agentes de desorganización para el espíritu de un niño.

Un pequeño campesino, bien lavado mañana y noche, bien disciplinado y bien alimentado: así hemos definido, querida Francisca, al joven animal humano educado para mayor provecho de su cultura física. Hemos quedado de acuerdo en que esta cultura, durante los primeros cuatro o cinco años, tiene más importancia que ninguna otra.

Es decir, que hasta esa edad, no recibirán ninguna cultura ni el espíritu, ni la voluntad, ni la sensibilidad del niño.

¿No es así, Francisca?

Como ha dicho Montaigne, el cuerpo y el espíritu son dos caballos enganchados a una misma lanza; sería una locura dirigir a uno y no ocuparse del otro. Pero el caballo «cuerpo» tira mucho más aprisa que el caballo espíritu, y el tiro humano se parece un poco, en los primeros años de

la vida, a los de esos carrmatos de gitanos, remolcados por una gruesa mula y un débil borriquito, siendo el espíritu el borriquito.

Es débil, pero «es» y no debe descuidársele. El error de muchos padres es creerlo más interesante que el cuerpo, y ocuparse de aquél, con perjuicio de éste. Resultado: el cuerpo no desarrolla normalmente; de rechazo, sufre el espíritu; y el tronco de tiro, acaba por caer.

Es necesario que los padres se persuadan por la práctica de este hecho archiverídico: la precocidad intelectual de los niños pequeños no supone nada en favor del talento que hayan de tener más tarde. Es más bien peligrosa.

Sus flores, nacidas antes de tiempo, sucumbirán con la primera helada, y el árbol no dará fruto en el otoño. Y esta no es una comparación arbitraria, es la imagen exacta de la atrofia repentina, que inflige la menor enfermedad a un cerebro de niño precozmente desarrollado.

Inscribamos, pues, este primer principio.

La precocidad intelectual es peligrosa para el niño.

Fenelón estaba muy penetrado de esta verdad cuando decía: «No se debe empujar a los niños» «Es más—añadía—que hay que «seguirles», lo que ya es discutible. La educación intelectual de los niños no requiere una absoluta pasividad. Por el contrario, el educador, sin apresurarlo, debe acechar cuidadosamente el despertar de la mentali-

dad infantil; y debe ir dirigiéndola despues, a medida que se desenvuelve.

Pero la regla esencial es imponer al espíritu del niño muchos menos «conocimientos» que «costumbres».

El principio de la educación intelectual del niño no es más que el adiestramiento de sus sentidos. Aprende a oír, a ver, a tocar. Las nociones de tiempo y espacio, sin las que no es posible ningún conocimiento, se instalan en su cerebro gracias a experiencias personales. En esos momentos iniciales hay que dejar mucha parte a la obra de la naturaleza; el papel del educador se limitará, como decíamos, a acechar, a dirigir esta actitud primordial al conocimiento, que se llama «La Atención». Retén esta palabra, Francisca; es esencial. La educación intelectual de la primera infancia se resume casi enteramente en la cultura de la atención. O, en otros términos:

La atención es la primera costumbre que hay que hacer adquirir al espíritu de un niño.

Considera a tu sobrina Simona Laterrade. Tiene cinco años y medio. Está reputada como insopportable. Ha consumido ya cierto número de institutrices. Cuando una alemana, ya cansada, se despedía, la reemplazaban con una inglesa, o viceversa. Simona habla un idioma extraño, compuesto de tres lenguas europeas. Hay días que hace el efecto de que lee casi de corrido, y otros en los que no se consigue hacerle formar ni una sola sílaba. Ayer parecía un pequeño prodigio, y he aquí que hoy está estúpida. Se consulta a los médicos, que dicen que está perfectamente. Y la zarabanda de

institutrices continúa alrededor de este pequeño ser desconcertante.

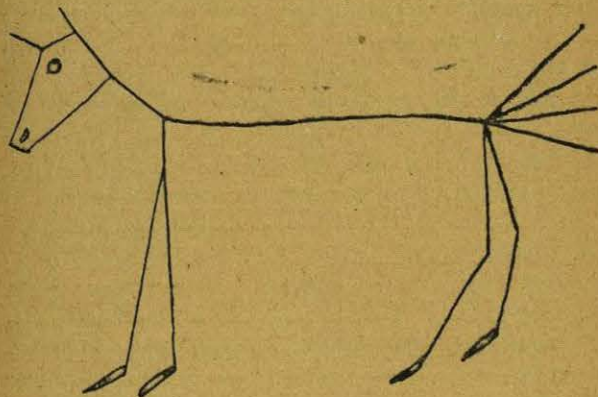
¿Quieres saber mi diagnóstico sobre el caso de Simona Laterrade? Es, sencillamente, una chiquilla un poco nerviosa, cuya atención se descuidó conducir y despertar. Ni sus ojos, ni sus oídos, ni su mente, son hoy capaces de fijarse. Las nociones que penetran en ella, entran como por sorpresa, en los momentos que se olvida de estar distraída. Pero, en cuanto se intenta detener su pensamiento sobre un objeto o una idea, no hay manera de lograrlo. Y si pretende forzarla, se irrita, llora, y muestra una nerviosidad convulsiva...

Pedrito no es distraído hasta ese grado: sin embargo, como el despertar y el desenvolvimiento de su atención los llevó a cabo la casualidad, su espíritu revolotea, igual que el de casi todos los niños, y convengamos en que también de un buen número de personas mayores... Desde que has delegado en mí la vigilancia de su cultura, mi principal esfuerzo es perfeccionar y disciplinar su atención. Lo difícil, con un niño de cinco años y medio y cuya atención no ha sido nunca cultivada, es abordar esta cultura.

¿Por dónde empezar?

La disposición natural de Pedrito para el dibujo, me ha proporcionado la manera de entrar en materia. Una buena lección de atención para un niño, es hacerle dibujar un objeto. Dibujo primitivo, claro está, comparable a los de nuestros antepasados de las cavernas, pero no importa. Es un admirable ejercicio de atención sostenida; es, además, un documento precioso, debido al espíritu mismo del niño. Los dibujos de los niños pequeños nos revelan las lagunas más inesperadas en sus facultades de visión y de coordinación. Adverti-

mos que no ven ciertas realidades, y que, en cambio, para ellos, se mezcla un mundo de visiones quiméricas a las visiones reales...



Caballo dibujado por Pedrito

Pedrito, dibujando la figura de un caballo, señalaba la grupa con una línea, omitiendo el contorno inferior, el contorno del vientre... ¿Por qué? Misterio. Su mirada, no ejercitada, advertía únicamente el contorno superior. He necesitado obligar a esa mirada a mirar «atentamente» a los caballos y las figuras de caballos, para que viese el contorno inferior. ¿No crees que ese día ha hecho el niño un progreso superior al que realizó al aprender que caballo se dice «horse» en inglés?

Según mis consejos, Pedrito hará, desde ahora, ejercicios de modelado con frutas y legumbres, cosa muy útil para hacer a los niños atentos a las formas y colores. Pedrito seguirá también un curso de solfeo infantil: ejercitar la voz, para reproducir sonidos, es una forma más de la cultura de

atención. En fin, Pedrito sale conmigo una hora todos los días, y nuestra gran labor de esos momentos consiste en evaluar las distancias. Hacemos apuestas sobre el número de pasos, de los de él, que separan un punto de otro, sobre el tiempo que emplearemos para ir de la plaza del Trocadero hasta ese Arco de Triunfo, que alza al final de la avenida Kléber su perfil gigante. En los jardines, observamos las flores; me guardo muy bien de dar explicaciones de botánica a mi compañerito, pero le pido su opinión sobre la hermosura de tal o cual macizo, esforzándome en hacerle justificar sus preferencias. Poco importa que me dé o no razones admisibles; la cosa es que ha mirado y ha comparado... Cuando pasamos por una calle aristocrática de las vecinas al Bosque, le detengo delante de dos hoteles contiguos, y le pregunto: «¿Cuál de los dos preferirías regalar a tu mamá, si pudieses?» Y exijo razones más o menos fantásticas, me es igual; lo que yo quiero es poner este espíritu en contacto con el ambiente, con la vida real, y en contacto consciente, atento.

No me negarás, Francisca, que este género de educación tiene una ventaja por lo menos: le agrada a tu hijo...

—¡Caramba!—me interrumpirás—ha suprimido usted todo lo que le molestaba... Estaba empezando a aprender a leer: afuera los libros. Tenía horror a hablar en alemán con su Fraulein; ha suprimido usted el alemán. Dibujar garabatos, modelar rosas que parecen zanahorias, cantar a coro y contar sus pasos en la avenida Kléber, son cosas que no le cuestan molestia alguna. Su programa de estudios infantiles consiste en no hacer nada. Todos los niños lo aplaudirán.

Francisca, no eres equitativa, porque tú misma

has comprobado que, desde que tu hijo está sometido al nuevo régimen intelectual, demuestra mucha más viveza de inteligencia. Lo que tú sientes es la supresión de libros y lenguas extranjeras. Tu amor propio de madre se hubiera sentido halagado diciéndole a las otras madres:

—Mi Pedrito no tiene más que cinco años y medio y lee de corrido.

O bien:

—Este niño es sorprendente... Habla indistintamente el francés y el alemán, y los mezcla de la manera más graciosa.

El amor propio maternal, es respetable. Pero, ¿crees tú que esos privilegios de leer de corrido y hacer una ensalada de idiomas contribuyen a formar bien el espíritu de un niño de cinco años? Yo no lo creo así. Yo creo que el libro tomado antes de tiempo y la lengua extranjera aprendida demasiado pronto, son, por el contrario, muy perjudiciales para la formación «verdad» de un niño pequeño—o digámoslo de otro modo, para fijar las ideas—, de un niño de menos de siete años. Y sé muy bien que al hacer esta afirmación voy a promover un movimiento de protesta entre los educadores rutinarios.

—¡Cómo! ¿No dar libros a los niños hasta después de los seis años?... ¡Cómo!, ¿no enseñar los idiomas extranjeros a los niños en la edad que los aprenden mejor y más pronto?...

Sí, educadores. Sí, Francisca. No me agobiéis con vuestras protestas. Voy a ver si puedo justificar mi doble parecer con buenas razones, que vosotros podréis discutir libremente, y hasta rechazar.

* * *

Por de pronto, yo sostengo que antes de los ocho años, el «libro», lejos de ayudar a la formación del espíritu de un niño, lo turba y puede llegar a desviarlo.

O bien los niños no comprenden nada de lo que leen (que es, afortunadamente, el caso más frecuente), o, si empiezan a comprender, es debido a esa formación esencial que resulta del contacto con la realidad. En adelante, entre las cosas y ellos o entre ellos y la naturaleza, para hablar como en tiempos de Rousseau, «se interpondrá» el libro como una pantalla. Desde el día que un niño se pone a leer, dándose cuenta de lo que lee, deja el mundo real para entrar en un mundo artificial; deja la naturaleza por una decoración. Desde entonces, estará ocupado su espíritu por paisajes descritos, por historias no acontecidas, por seres quiméricos. Y, por esa brecha abierta, se irá todo su esfuerzo, toda su facultad personal de mirar, de comparar, de evaluar; en una palabra, de comprender.

Al ora bien, lo más importante para la formación del espíritu de un niño, no es, por nada del mundo, que conozca prematuramente signos convencionales del pensamiento de otro ni que se le transmita por esos signos el efecto que hace el mundo exterior, sobre el pensamiento de otro; es que sus sentidos, vista, oído, tacto y movimiento, se acostumbren a hacer su oficio disciplinado, para informar al espíritu... Así se formará una inteligencia humana, verdaderamente activa. Así se formarán sentidos adaptados a las necesidades humanas... Hecha esta adaptación, el libro podrá intervenir útilmente, para ampliar las adquisiciones, «añadiendo» la experiencia de otro, sin «sustituirlas» a la del objeto. Pero si el libro intervie-

ne demasiado pronto, antes de que el sujeto haya adaptado directamente al mundo exterior sus facultades de conocimiento, ya no se podrá hacer «nunca» la adaptación directa. El niño ya no sabrá nunca ver más que por los ojos de otro. Y por haber abierto ante sus ojos de cinco años unos libros estúpidos, pensados muchas veces por hidrocefalos, escritos por ignorantes del idioma y comentados por cocineras, le has cerrado definitivamente el maravilloso libro del mundo.

Digámoslo de una vez: antes de los ocho años, el libro es el enemigo más pernicioso de la formación verdadera del niño.

* * *

El libro, y más que el libro, la enseñanza prematura de lenguas extranjeras, son los más seguros disolventes que emplean los educadores para abolir en los niños la energía del pensamiento. Es más: diré que este segundo peligro es el mayor, si, por fortuna, no estuviese limitado a las clases ricas de la sociedad, mientras que el libro es usado lo mismo en los hospicios que en los internados del gran mundo.

¿En qué genio extravagante o malévolo germinaría la idea de enseñar al mismo tiempo dos lenguas diferentes a un niño que no conoce ninguna?

Seguramente el inventor de este burlesco procedimiento no reflexionó nunca lo que es un lenguaje. Para nosotros, los civilizados, el lenguaje es sencillamente la condición misma del pensamiento. Un francés de 1912 tiene en el espíritu, justamente, la claridad, la precisión, el orden y

la extensión que le permite su lenguaje. No comprendas por esto que únicamente son inteligentes los hombres de letras o los buenos oradores. Un ingeniero, un químico, un simple ajustador, si son buenos técnicos, poseen siempre un vocabulario muy claro y muy completo en lo que concierne a sus estados. Mientras que el buen orador o el hombre de letras emplean con frecuencia las palabras a tontas y a locas... Pero, inteligentes o necios, letrados o incultos, nosotros sólo pensamos con la ayuda de las palabras, y sobre todo (esto no es contestable), no aprendemos a pensar sino por la intermediación de las palabras. Así, pues, los progresos del pensamiento infantil están íntimamente ligados a su conocimiento de las palabras y de la asociación de las palabras. Conocimiento tan arduo, que la mayor parte de las personas llamadas «bien educadas» no llegan a poseer completamente. Casi todo el mundo habla y escribe una lengua floja, impropia, imagen de la fluctuación del pensamiento. Los mismos especialistas declaran la dificultad de conocer un lenguaje. Un día oí a Coppée responder friamente a una americana, que apenas presentada, le hizo la invariable pregunta: «¿Do you speak english?»

—No, señora... sigo aprendiendo el francés.

Ahora, a un pobre ser, que no sabe aún nada del mundo al que acaba de llegar, que empieza a balbucir sílabas imprecisas, os empeñáis en hacerle dar a los objetos dos nombres diferentes, diferentemente acentuados, y en que su pequeña mentalidad se desenvuelva paralelamente en dos vocabularios, y según dos sintaxis distintas... ¡Si, lo conseguirás! Lo conseguirás antes que con un

adulto: lo mismo que en ciertos pueblos oceánicos consiguen aplastar los cráneos de los recién nacidos o alargarles el cuello, lo que sería imposible con un adulto... Entre cinco y seis años, usará el niño dos lenguas indistintamente. Pero...

Primero. Hablará mal las dos. Es posible que tenga un buen acento. Comprobad, sin embargo, que los cosmopolitas no hablan ningún idioma sin acento. El acento es indefinible, pero es. Es el acento políglota. Es el acento de las personas reales, de los príncipes y... de los porteros de hotel. Además, tener buen acento no basta para hablar bien una lengua. A decir verdad, la mayor parte de los políglotas disponen de un vocabulario muy corto y se estrellan ante las menores dificultades morfológicas o sintáxicas de todas las lenguas que hablan.

Segundo. Y he aquí un inconveniente aún más grave: el niño tendrá que servirse de dos instrumentos de pensamiento, en una edad en que el manejo de uno solo casi sobrepasa sus fuerzas. La consecuencia es que pierda en ideas lo que ha ganado en articulaciones verbales. Se acostumbra a «hablar ligero», cosa que le intercepta la precisión de pensamiento. Cuanto más ricas de sentido son las palabras, menos las comprenden. Enseñar simultáneamente a un niño el vocablo «corazón» y el vocablo «heart», y decirle que significan la misma cosa, es condenarlo a no comprender nunca el sentido profundo de la palabra «heart» ni de la palabra corazón.

Si se trata de fabricar cotorras de balneario o gentlemanes cósmopolitas de los que arrastran su ociosidad de círculo en círculo, o guías para turistas, el inconveniente no es considerable. Pero si pretendes formar una verdadera inteligencia de

hombre o de mujer, la enseñanza simultánea de varias lenguas al niño que está aprendiendo a leer, es—la palabra no es demasiado dura—un crimen contra el espíritu.

¡Y por qué ventaja tan mezquina, Dios santo!

¿Qué pedagogo de palace hotel ha logrado acreditar que sólo los niños pueden aprender bien las lenguas extranjeras?

No hay nada más falso.

Un adolescente aprende con mucha más rapidez que un niño, y un adulto que un adolescente. El último mozo de café, la criada más insignificante, al cabo de seis meses de servir en un país extranjero, hablan su lenguaje usual.

—Pero el acento será menos bueno...

—¡Qué gran desgracia!... ¿Es que las lenguas extranjeras se aprenden con el designio de disimular la nacionalidad propia? «Pasar» por inglés, porque se habla bien el inglés, es una ambición de un candor admirable, y además, quimérica. Lo importante es comprender bien, ser bien comprendido, y añadamos para complacerte: no provocar la hilaridad con una pronunciación demasiado bufonesca. Pero lo que importa más que nada, es hablar la lengua natal y materna con un acento excelente, un acento nacional, precisamente exclusivo de esas adaptaciones demasiado perfectas de las articulaciones extranjeras. En todos los países bilingües (Suiza, Bélgica, etc.), se hablan perfectamente los dos idiomas. Cada uno de los dos influye sobre el otro, para deformarlo. Otra comprobación: los países bilingües pueden ser patria de comerciantes y de hoteleros activos. Pero, salvo excepciones (Maeterlinck), producen rara vez pensadores o escritores.

Resumamos, querida sobrina. No hay más que

una manera de formar útilmente el espíritu de un niño hasta que se acerca a los ocho años: la que hace nacer y disciplina la atención. Ahora bien, la atención del niño no puede ser, realmente, despertada y retenida más que con realidades: sobre signos se despierta.

El día en que se ha terminado de educar la atención (lo que en un niño juiciosamente criado debe suceder antes de los ocho años), un maestro inteligente le enseñará a leer en tres meses, y de manera que admirará a sus camaradas que hayan estado deletreando el «b, a, ba» desde la cuna.

Pero si ese maestro me escucha, diferirá todavía la enseñanza de una lengua extranjera. Antes de adquirir un doble medio de expresión, el pensamiento humano necesita poseer perfectamente uno solo.